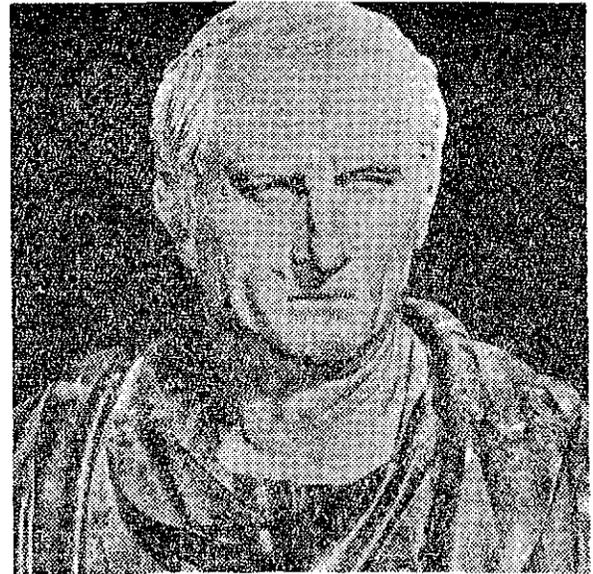


LA VEJEZ EN LOS CLASICOS



MARCO TULLIO CICERON

En verdad, la confección de este libro fue para mí tan agradable que no sólo ha disipado todas las molestias de la vejez, sino que me ha hecho la vejez incluso dulce y placentera. Así, pues, nunca podrá ser bastante dignamente alabada la filosofía, el que se sujeta a la cual puede pasar sin molestia todo el tiempo de su vida.

Toda edad es pesada para aquellos en quienes no hay ningún recurso en sí mismo para vivir bien y felizmente, nada, por el contrario, de lo que la necesidad de la naturaleza acarrea puede parecer un mal a quienes sacan todos los bienes de sí mismos. Género en el cual la vejez está entre los primeros, la cual todos desean alcanzar, y, alcanzada, la acusan; tanta es la inconstancia y la perversidad de la estulticia! Dicen que se desliza más rápidamente que habían creído. En primer lugar, ¿quién los ha obligado a pensar una cosa falsa? ¿Pues qué? ¿La vejez se desliza después de la juventud más rápidamente que la juventud después de la infancia? Después, ¿sería acaso la vejez menos pesada para ellos si llegasen al año ochocientos que al ochenta? Porque la edad pretérita, aunque larga, cuando hubiera transcurrido, con ningún consuelo podría endulzar una vejez insensata.

Pero la causa de todas las quejas de esta clase está en las costumbres, no en la edad. Efectivamente, los viejos moderados y no descontentadizos ni hurraños, pasan una vejez tolerable, pero la impertinencia y el mal humor causan molestias en toda edad.

Mas quizá alguno dirá que la vejez parece más tolerable a causa del crédito y riquezas y de rango, pero que esto no puede ocurrir a muchos.

Algo hay de eso, en verdad, pero no está todo en esto, como se dice que Temístocles respondió a cierto serifio, en una disputa, habiendo dicho éste que aquél había conseguido la nombradía no por su gloria, sino por la de la patria. "Por Hércules —dijo—, ni yo, si fuese serifio, sería notable, ni tú, si fueses ateniense, hubieras sido nunca ilustre". Lo cual puede decirse del mismo modo de la vejez. Efectivamente,

ni la vejez en una gran pobreza puede ser ligera, incluso para el sabio, ni no pesada para el necio, aun en la mayor abundancia.

Las armas de la vejez más adecuadas entre todas son las letras y la práctica de la virtud, las cuales, cultivadas en toda edad, cuando hubieres vivido mucho y por largos años producen frutos maravillosos, no sólo porque nunca faltan, ni siquiera en el último tiempo de la edad (aunque esto es mucho), sino también porque la conciencia de una vida bien empleada y el recuerdo de muchas cosas bien hechas es muy placentero.

La vejez de una vida pasada quieta, pura y dignamente es también plácida y dulce, como sabemos la de Platón, que murió escribiendo a los ochenta años, como la de Isócrates, que dice haber escrito ese libro que se intitula *Panatenáico* a los noventa y cuatro años, y vivió después un quinquenio, cuyo maestro, Gorgias de Leoncio, cumplió ciento siete años, y no cesó nunca en su estudio y obras, el cual, habiéndosele preguntado por qué quería estar tanto tiempo en vida, "Nada tengo —dijo— que acusar a la vejez, hermosa respuesta, y digna de un hombre docto".

Ahora bien, cuando contemplo con el pensamiento, encuentro cuatro causas por las que la vejez parece miserable: una, que aparta de la gestión de los negocios, otra, que hace el cuerpo más débil, la tercera, que priva de casi todos los placeres, la cuarta, que se halla a distancia no lejana de la muerte. Veamos, si os place, cuán grande y justa sea cada una de estas causas.

¿APARTA LA VEJEZ DE LA GESTIÓN DE LOS NEGOCIOS?

—¿De cuáles? ¿De aquellos que se gestionan con la juventud y las fuerzas? ¿No hay, por consiguiente, negocios ninguno adecuados para los viejos, los cuales, aun con los cuerpos débiles, se administran, sin embargo, con el espíritu?

Nada aducen los que niegan que la vejez se ocupe en la gestión de los negocios, y son semejantes a

quienes dijeran que el piloto nada hace navegando, puesto que unos trepan a los mástiles, otros corren por los puentes, otros varían la sentina, pero él teniendo la caña está sentado quieto en la popa. No hace las cosas que los jóvenes, pero en verdad hace cosas mucho mayores y mejores. Las cosas grandes se llevan a cabo, no por la fuerza o la rapidez o la agilidad del cuerpo, sino por el consejo, la autoridad, el dictamen, cosas de que la vejez suele, no sólo no estar privada, sino también estar mejor provista.

Entre los lacedemonios, aquellos precisamente que desempeñan la más amplia magistratura son llamados también ancianos, como lo son. Que si queréis leer u oír las cosas extranjeras, hallaréis las más grandes repúblicas quebrantadas por póvenes, sustentadas y restituidas por viejos. "¡Decid! ¿Cómo habéis perdido tan pronto vuestra república tan grande?" Porque así se pregunta, como está en el juego de Nevio. Y otras cosas se responden, y éstas entre las primeras. "Acudían oradores nuevos, necios, juvenuelos." O sea, que la temeridad es propia de la edad florida, la prudencia, de la que envejece.

Pero la memoria disminuye—Lo creo, si no la ejercitas, o si eres muy tardo por naturaleza. Temístocles había aprendido los nombres de todos los ciudadanos, ¿pensáis, pues, acaso, que, cuando hubo avanzado en edad, solía llamar Lisímaco al que era Aristides? Yo mismo conozco, no sólo a los que existen, sino también a los padres y abuelos de ellos. Y no temo, leyendo los sepulcros, que pierda la memoria, como dicen, pues vuelvo a la memoria de los muertos leyendo los mismos. Y en verdad no he oído que ningún viejo haya olvidado en qué lugar había escondido un tesoro. Recuerdan todo aquello de que se cuidan los días señalados para comparecer en juicio, quienes les deben, a quiénes ellos mismos.

¿Y los jurisperitos? ¿Y los pontífices? ¿Y los augures? ¿Y los filósofos ancianos? ¡Cuántas cosas recuerdan! La inteligencia permanece en los viejos, supuesto que permanezcan el estudio y la aplicación, y esto no sólo en los varones claros y honrados, sino también en la vida privada y quieta. Sófocles hizo tragedias hasta la suma vejez. Pareciendo que descuidaba las cosas familiares por aquel estudio, fue citado en justicia por los hijos, para que, del mismo modo que suele en nuestra costumbre privarse de la disposición de los bienes a los padres que manejan mal la hacienda, así los jueces le separasen, como falto de sentido, de la hacienda familiar. Entonces el anciano se dice que recitó a los jueces aquella fábula que tenía entre manos y había escrito hacía poco, *Edipo Coloneo*, y preguntó si aquel poema parecía de un hombre falto de sentido. Recitado el cual, fue absuelto por sentencia de los jueces.

¿Acaso, pues, la vejez obligó a éste, a Homero, a Hesíodo, a Simónides, a Stesícoro, a Isócrates, a Gorgias, que antes he nombrado, a los príncipes de los filósofos, a Pitágoras, a Demócrito, a Platón a Jenócrates, después a Zenón, a Cleanto, o a aquel Diógenes el Estoico, que vosotros también habéis visto en Roma, a quedarse mudos en sus estudios? ¿O en ellos la agitación de los estudios fue igual a la vida?

Ahora, para que omitamos estos divinos estu-

dios, puedo nombrar agricultores romanos del país sabino, vecinos míos y amigos, ausentes los cuales, casi nunca se hacen en el campo obras algunas mayores, ni para sembrar los frutos, ni para cosecharlos, ni para almacenarlos. Cosa, sin embargo, menos de admirar en ellos, pues nadie es tan viejo que no piense que puede vivir un año, pero los mismos trabajan en aquellos que saben que en modo alguno les interesan. "Siembra árboles que aprovecharán a otro siglo", como dice nuestro Stacio en los *Sinefebos*.

Y, en verdad, el agricultor no dudará aunque viejo, en responder al que pregunte para quién siembra. "Para los dioses inmortales, que han querido que yo no sólo recibiese estas cosas de los ascendientes, sino que también las transmitiese a los descendientes."

Mejor habla Cecilio del viejo previsor para otro siglo que él mismo al decir esto. "Por Pólux, vejez, aunque ninguna otra cosa de mal traigas contigo cuando llegas, éste solo es bastante que, viviendo mucho tiempo, ve el viejo muchas cosas que no quiere." ¡Y quizá muchas que quiere!, y con frecuencia también la juventud incurre en aquellas que no quiere. En verdad, el mismo Cecilio dice más erróneamente aquello. "Por otra parte yo creo lo más mísero en la vejez esto sentir que se es odioso a otro en esa edad."

Placentero más bien que odioso. Pues así como los viejos prudentes se deleitan con los jóvenes dotados de buena índole, y la vejez de los que son reverenciados y amados por la juventud se hace más ligera, así los jóvenes se regocijan con los preceptos de los viejos, por los cuales son conducidos a la práctica de las virtudes. Y creo que yo no soy menos grato a vosotros que vosotros a mí. Veis, pues, que la vejez no sólo no es lánguida e inerte, sino que es también laboriosa y siempre obrando y preparando algo; tal desde luego cual fue la ocupación de cada uno en la vida pasada. ¿Qué más, que aprenden todavía algo? Como vemos a Solón gloriándose en sus versos, el cual dice que se ha hecho viejo aprendiendo algo cada día, como he hecho yo, que, viejo, he aprendido las letras griegas, las cuales en verdad he devorado tan ávidamente como si quisiera apagar una prolongada sed, para que estas mismas cosas de las cuales veis que yo me sirvo ahora como de ejemplos me fuesen conocidas. Habiendo oído que Sócrates hizo esto con la lira, lo hubiera querido yo también (pues los antiguos aprendían la lira), pero ciertamente he laborado en las letras.

¿HACE EL CUERPO MAS DEBIL?

Ni ahora, en verdad, deseo las fuerzas del joven (porque ésta era la segunda cuestión acerca de los inconvenientes de la vejez) más que, de joven, deseaba las de un toro o un elefante. Conviene usar de lo que hay, y, cualquiera cosa que hagas, hacerla según las fuerzas. Porque, ¿qué frase puede ser tan despreciable como la de Milón Crotoniata, que, siendo ya viejo, y viendo a los atletas ejercitándose en la carrera, se dice que miró sus brazos y, llorando, dijo "Pero éstos ya están muertos." No, en verdad, tanto ellos como tú mismo, hombre fútil. Pues nunca te hiciste célebre por ti, sino por tus costados y brazos.

El orador, temo no languidezca con la vejez. Porque su oficio no es sólo del ingenio, sino también de los pulmones y las fuerzas. Esa gran canorosidad en la voz resplandece también, no sé por qué privilegio, en la vejez, yo no la he perdido todavía, y ya veis los años que tengo. Pero, por otra parte, la palabra de un viejo tranquilo y sosegado es decorosa, y el discurso atildado y dulce de un viejo bien hablado, con frecuencia se hace ella misma escuchar. Lo cual si él mismo no puede conseguir, podrá, a lo menos, dar preceptos a Scipión y a Lelio. Porque, ¿qué más grato que la vejez rodeada de la aplicación de la juventud?

¿No dejaremos siquiera a la vejez las fuerzas necesarias para que enseñe, eduque, instruya en toda carga del deber a los jóvenes? Comparado a la cual obra, ¿qué puede ser, en verdad, más preclaro? Ni maestros algunos de buenas artes han de ser reputados infelices aunque sus fuerzas hayan envejecido y hayan hecho defeción. Además, esta misma defeción de las fuerzas es producida con más frecuencia por los vicios de la juventud que por los de la vejez. Porque una juventud libidinosa e intemperante entrega a la vejez un cuerpo agotado.

El mismo Ciro, en Jenofonte, en aquel discurso que tuvo moribundo, siendo en extremo viejo, niega que notase nunca que su vejez se hubiese hecho más débil que hubiera sido su juventud.

Pero vuelvo a mí. Estoy en los ochenta y cuatro años, bien quisiera poder gloriarme lo mismo que Ciro, pero, sin embargo, puedo decir esto que, en verdad, no estoy con las fuerzas con que estuviere siendo soldado en la guerra púnica, o cuestor en la misma guerra, o Cónsul en España, o cuatro años después, cuando, siendo tribuno militar, combatí en las Termópilas, siendo Cónsul Manio Acilio Glabrión, pero, no obstante, como veis, la vejez no me ha enervado ni abatido en extremo ni el senado echa de menos mis fuerzas, ni la tribuna, ni los amigos, ni los clientes, ni los huéspedes. Y nunca, en efecto, he asentido a aquel proverbio antiguo y acreditado que aconseja hacerse viejo pronto si quieres ser mucho tiempo viejo. Pues yo preferiría ser viejo menos tiempo a ser viejo antes que lo fuese. Así, nadie hasta ahora ha querido dirigirse a mí para el cual haya estado ocupado.

Pero yo tengo menos fuerzas que uno u otro de vosotros. —Y vosotros mismos no tenéis las fuerzas del centurión T. Poncio, ¿acaso por ello es él de más valía? Con sólo que haya una cantidad moderada de fuerzas y cada uno se esfuerce tanto cuando puede, seguramente no será poseído por un gran deseo de fuerzas. Se dice que Milón marchaba en Olimpia a través del estadio llevando en los hombros un buey vivo. Ahora bien, ¿qué preferirías, que te fuesen dadas estas fuerzas del cuerpo, o las del ingenio de Pitágoras? Por último, usad de este bien mientras esté presente, no lo echéis de menos cuando esté ausente; si no quizá los jóvenes deben echar de menos la infancia, los algo avanzados en edad, la juventud. Hay un curso cierto de la edad, y una vía de la naturaleza, y es sencilla, y a cada parte de la edad ha sido dada su sazón, para que tanto la debilidad de los niños, como la impetuosidad de la juventud, y la gravedad de la

edad ya hecha y la madurez de la vejez tengan algo de natural, que debe percibirse en su tiempo.

Masinisa, de noventa años de edad cuando ha emprendido un camino a pie, no sube en modo alguno a caballo, cuando a caballo, no baja del caballo, no se induce por lluvia alguna, por frío alguno, a estar con la cabeza cubierta, habría en él una gran sequedad de cuerpo, cumple de este modo todos los deberes y cargas de rey. Así, el ejercicio y la templanza puede conservar también en la vejez algo de prístino vigor.

¿No hay fuerzas en la vejez? —Tampoco se piden de la vejez fuerzas. Por eso, según las leyes y costumbres, nuestra edad está libre de esas cargas que no pueden sostenerse sin fuerzas. Así, no sólo no somos obligados a lo que no podemos, sino ni siquiera a cuanto podemos.

Pero muchos viejos son de tal modo débiles, que no pueden cumplir ninguna carga del deber, o, en absoluto, de la vida. —Pero, en verdad, este defecto no es particular a la vejez, sino común a la mala salud. ¡Cuán débil fue el hijo de Publio el Africano, aquel que te adoptó! ¡De cuán poca salud, o, más bien, ninguna! Si ello no hubiera sido así, habría llegado a ser otra lumbrera de la ciudad, pues una ciencia más grande se hubiera unido a la grandeza de alma paterna. Por consiguiente, ¿qué de extraño en los viejos si están alguna vez enfermos, cuando tampoco los jóvenes pueden escapar a ello? Hay que resistir a la vejez, y sus defectos deben ser compensados por la diligencia, hay que combatir contra la vejez como contra la enfermedad.

Hay que tener cuenta de la salud, hay que usar de ejercicios moderados, hay que tomar tanta comida y bebida, que las fuerzas se reparen, no se opriman, y no se ha de subvenir, en verdad, al cuerpo sólo, sino mucho más a la inteligencia y al alma. Porque éstas también, si no echas aceite como a una lámpara, se extinguen con la vejez. Y, verdaderamente, los cuerpos se ponen pesados con el ejercicio, pero el espíritu se aligera ejercitándose. Porque los que Cecilio llama necios viejos de comedia, quiere decir los crédulos, olvidadizos, descuidados, defectos que son, no de la vejez, sino de la vejez inerte, cobarde, adormecida. Como la petulancia, como el libertinaje es más de jóvenes que de viejos, pero no, sin embargo, de todos los jóvenes, sino de los no probos, así esta imbecilidad senil que suele llamarse chochera es de viejos ligeros, no de todos.

Apio, ciego y viejo, regía cuatro hijos robustos, cinco hijas, una gran casa, una gran clientela. Tenía, en efecto, el ánimo tenso como un arco, y no sucumbía, languideciendo, a la vejez. Tenía, no sólo autaridad, sino también imperio en los suyos, los esclavos le temían, los hijos le veneraban, todos los querían, las costumbres de los antepasados y la disciplina reinaba en aquella casa.

Porque la vejez es honorada así si ella misma se defiende, si mantiene su derecho, si a nadie está sometida, si domina en los suyos hasta el último suspiro. Efectivamente, como estimo al joven en que hay algo de viejo, así al viejo en que hay algo de joven, quien observa esto podrá ser viejo de cuerpo, nunca

será de alma Tengo entre manos el libro séptimo de los *Orígenes*, recojo todos los monumentos de la antigüedad, redacto ahora mejor que nunca los discursos de las causas ilustres, todas las que he defendido, trato el derecho augural, pontificio, civil, frecuento también mucho las letras griegas, y, a la manera de los pitagóricos, con objeto de ejercitar la memoria, recuerdo por la tarde lo que haya dicho, oído, hecho cada día. Estos son los ejercicios de mi espíritu, ésta la carrera de mi inteligencia, sudando y trabajando en estas cosas, no echo mucho de menos las fuerzas del cuerpo. Estoy con los amigos, vengo asiduo al senado, y llevo por mi parte cosas pensadas mucho y largamente, y las defiendo con las fuerzas del alma, no del cuerpo. Aunque no pudiese realizar estas cosas, también mi mesa de trabajo me encantaría, pensando en esas mismas que no podría ya hacer, pero la vida pasada hace que pueda. Efectivamente, para el que vive en estos estudios y trabajos, no se percibe cuándo se desliza la vejez. De este modo, la edad envejece poco a poco insensiblemente, y no se rompe de pronto, sino que se extingue por la duración.

PRIVA DE LOS PLACERES

El tercer reproche de la vejez es el siguiente que dicen que ella está privada de placeres. ¡Oh regalo precioso de la edad, si verdaderamente nos arrebatara lo que es más vicioso en la juventud! Oíd, en efecto, jóvenes óptimos, un antiguo discurso de Arquitas Tarentino. Decía "Ninguna peste más capital ha sido dada a los hombres por la naturaleza que la voluptuosidad del cuerpo, las ávidas pasiones de la cual voluptuosidad son incitadas temeraria y desenfrenadamente a poseer

"De aquí nacen las traiciones a la patria, de aquí la ruina de las cosas públicas, de aquí los coloquios clandestinos con los enemigos, finalmente, no hay ningún crimen, ninguna mala acción a intentar la cual no impela la pasión de la voluptuosidad, pues las seducciones y adulterios y todos los desórdenes semejantes no son excitados por ningún otro atractivo que el de la voluptuosidad. Y no habiendo dado al hombre, ora la naturaleza, ora algún dios, nada superior a la inteligencia, nada hay tan enemigo de este regalo y don divino como la voluptuosidad

"Porque ni hay lugar para la templanza, dominando la pasión, ni la virtud puede tener consistencia completamente en el reino de la voluptuosidad. Para que esto pudiera comprenderse mejor, mandaba imaginar algún ánimo excitado por una voluptuosidad del cuerpo tan grande como la mayor que pudiera percibirse. Creía que no había de ser dudoso para nadie que aquél no podría, durante todo el tiempo que así se recrease, hacer nada con la inteligencia, conseguir nada con la razón, nada con el pensamiento. Por consiguiente, nada hay tan detestable y tan pestífero como la voluptuosidad, puesto que ella, siendo muy grande y muy larga, extingue toda la luz del alma"

¿A qué esto? Para que comprendáis que, si no podemos despreciar la voluptuosidad por la razón y la sabiduría, debe tenerse un gran agradecimiento a

la vejez, que ha hecho que lo que no conviniera no agradase. Porque la voluptuosidad impide el consejo, es enemiga de la razón, y, para decirlo así, deslumbra los ojos de la mente, y no tiene comercio alguno con la virtud. Yo hice a pesar mío arrojar del Senado a Lucio Flaminio, hermano de Tito Flaminio, hombre muy valeroso, siete años después que había sido cónsul, pero creí que su libertinaje debía ser censurado. Aquél, en efecto, siendo cónsul, accedió por las instancias de una cortesana, en un festín, en Galia, a herir con el hacha a alguno de los que estaban en cadenas condenados por causa capital. El quedó impune siendo censor Tito, su hermano, que había sido el inmediato antes que yo, pero una complacencia tan culpable y tan vergonzosa, que unía el desdoro del poder al oprobio privado, no pudo en manera alguna ser aprobado por mí y por Flaco.

Pero, ¿por qué hablar tanto de ésta? Porque el que la vejez no apetezca voluptuosidad alguna vivamente, no sólo no es digno de censura, sino que merece toda clase de alabanzas. —Se argüirá que se ve privada de los placeres que proporcionan los festines, los grandes banquetes, las frecuentes libaciones— Pero también está libre de la embriaguez, de las digestiones difíciles y de los insomnios. Sin embargo, si hay que conceder algo a la voluptuosidad, ya que con dificultad se resiste a sus atractivos, y Platón la llama acertadamente el cebo del mal, porque los hombres se dejan prender por ella como los peces por el anzuelo, los viejos, aunque no se entreguen a orgías desenfrenadas, pueden, sin embargo, gustar el placer de modestas refacciones. ¡Cuántas veces, en mi niñez, vi volver de cenar a Duilio, hijo de Marco, el primero que venció por mar a los cartagineses!, aquel anciano gustaba de hacerse preceder por numerosas antorchas y flautistas, cosa que hasta entonces ningún particular se había permitido, y a lo cual le autorizaba su inmensa gloria.

Se dirá también que los placeres no tienen el mismo incentivo para los viejos. —Es verdad, pero también son mucho menos vivos los deseos. Ahora bien, donde no hay deseo, no puede ser la privación penosa. Sófocles respondió muy discretamente, cuando ya era de edad avanzada, a un hombre que le preguntaba si se entregaba todavía a los placeres del amor, diciéndole "¡Presérvenme de ello los dioses! Me considero feliz de haber escapado de ese dueño salvaje y furioso". Desde luego, para los que se sienten ávidos de tales placeres, su privación tiene algo de penosa y aborrecible, pero para los que han gozado plenamente de ellos y se han hartado, la privación es preferible al goce, suponiendo que se pueda verdaderamente estar privado de lo que no se desea. Yo afirmo que la falta de deseo es mejor que el goce.

Es cierto que en la mocedad se disfruta más intensamente de esa clase de placeres; pero, como he dicho, su disfrute vale bien poco, y, además, la vejez si no goza de ellos plenamente, tampoco se ve privada en absoluto. Cuando Ambivio Turpión está en escena, es indudable que el espectador sentado en primera fila goza mejor del actor, sin embargo, el que está en la última, también puede gozar. Lo mismo pasa con la juventud. viendo los placeres más de cerca,

quizá goza más de ellos, pero la vejez, que les mira desde más lejos, goza también, y ese goce le basta

Y, ¡cuánto no valdrá para vosotros la dicha de, habiendo pagado, por decirlo así, vuestro tributo al amor, a la ambición, a las rivalidades, a todas las pasiones en una palabra, encontraros, al fin, en vosotros, y vivir, como se dice en vosotros mismos! Si se tiene además alguna ciencia, algún objeto de estudio, que sirva como de alimento al espíritu, nada habrá más grato que una vejez retirada. A C Galo, le vimos casi morir estudiando la medida del cielo y de la tierra. ¡Cuántas veces lo sorprendió el día continuando observaciones que había comenzado durante la noche, y la noche prosiguiendo la que había empezado de mañana! ¡Cuánto se complacía en predecirnos, mucho tiempo antes de que tuviesen lugar, los eclipses de sol y de luna!

Y, ¿qué diremos de estudios menos profundos, pero ingeniosos, sin embargo? ¡Cuánto se deleitaba Nevio con su *Guerra púnica!* ¡Cuánto Plauto con su *Truculento* y su *Pseudolo!* Todos esos viejos, los hemos visto llenos de ardor por sus estudios. Pues ese M. Cetego, a quien Enio llama tan acertadamente el genio de la Persuasión, ¡con qué fuego lo vimos ejercitarse, hasta en su vejez, en el arte de la elocuencia! ¿Qué placeres de la mesa, del juego o del amor pueden compararse a tales placeres? Esos son verdaderamente los goces del estudio, los cuales crecen para los hombres prudentes y bien instruidos al mismo tiempo que la edad, por eso es muy hermoso aquel pensamiento que Solón expresa en cierto verso, que ya he recordado, diciendo que envejece aprendiendo algo cada día. Ningún placer puede ser, ciertamente, mayor que éste.

Vengamos ahora a los placeres de la agricultura, de los cuales yo gusto en gran manera. No hay vejez que impida dedicarse a ellos, y me parece que son los más propios de la vida del sabio. Hacen, en efecto, relación a la tierra, que nunca se muestra rebelde, y nunca devuelve sin usara lo que ha recibido, algunas veces con provecho escaso, pero lo más frecuentemente con gran beneficio. Sin embargo, no son solamente los frutos lo que me agrada, sino más bien la fuerza y la naturaleza de la misma tierra, una vez que ha recibido la simiente esparcida en su seno mullido y trabajado, la conserva al principio escondida por obra del rastrillo, después, entibiada por la presión y la humedad, la entreabre y hace salir de ella una verde hierbecilla, que, sustentándose con las fibras de la raíz, crece poco a poco y forma un tallo nudoso, mientras, como desarrollándose, sigue el germen encerrado en su vaina, saliendo al fin de la cual, presenta el fruto de la espiga, de una estructura regular, y se protege con un cerco de puntas contra las picaduras de los pajarillos.

¿Y qué diré de la plantación, el nacimiento y el desarrollo de la vid? Nunca me veo harto de esa maravilla, para que conozcáis el sosiego y las delicias de mi vejez. Nada digo de la fuerza de todo lo que nace de la tierra, que del menudo grano del higo o de la pepita, de la uva o de las simientes pequeñísimas de otros frutos de la tierra y de raíces, hace salir troncos y ramas enormes. Los acodos, los planzones, los

sarmientos, las raíces vivaces, los mugrones, ¿no producen el efecto de excitar nuestra admiración? Pues la vid, que es débil por naturaleza y se arrastra por el suelo si no se la sostiene, abraza, para elevarse, con sus latiguillos, como si fuesen manos, todo lo que halla al paso, así, va serpenteando y lanzándose en todas direcciones, por lo cual el hierro del agricultor tiene que repimirla, cortando los sarmientos que, propagándose con exceso, llegarían a formar un matorral estéril.

Luego, al venir la primavera, sale en las cepas que se han dejado, como en las articulaciones de los sarmientos, lo que se llama la yema, en la cual se muestra la naciente uva, la que, creciendo con el jugo de la tierra y el calor del sol, es, al principio, agria al gusto, después, madura, se endulza, y, cubierta de pámpanos, no carece de un calor moderado y aparta los ardores excesivos del sol. ¿Qué cosa puede haber de fruto más rico y de aspecto más bello? Como he dicho, no sólo me encanta la utilidad de la vid, sino también su cultivo y su naturaleza misma, así, gusto de alinear las filas de estacas, de atar las cepas, sujetarlas, dirigir su propagación, cortar, como he dicho, ciertos sarmientos, dejando a otros multiplicarse libremente. ¿Qué diré de los riesgos? Y, ¿qué de las labores del campo y de los binados por los que la tierra se hace mucho más fecunda?

Podría añadir muchos otros atractivos de las cosas del campo, pero creo que lo mismo que he dicho es ya sobrado extenso. Más habéis de perdonarme, pues he sido arrastrado por mi afición a las cosas del campo, y la vejez es muy locuaz por naturaleza, para que no parezca que la eximo de todo defecto. Pues Manio Curio, después que hubo triunfado de los samnitas, de los sabinos, de Pirro, pasó los últimos años de su existencia en esta vida, y en verdad que, al contemplar su casa de campo (pues no está muy lejana de la mía), no puedo admirar bastante, ya el desinterés de aquel hombre, ya la disciplina de su tiempo. Habiendo los samnitas llevado a Curio, que estaba sentado en su hogar, una gran cantidad de oro, fueron rechazados por él. Y dijo, al efecto, que le parecía ser para él más glorioso que tener oro mandar a los que lo tenían.

¿Podría un alma grande no hacer agradable la vejez? Pero vuelvo a los agricultores, para no apartarme de mí mismo. Entonces, los senadores, es decir, los ancianos, vivían en el campo. L. Quinctio Cincinato estaba labrando cuando se le anunció que había sido nombrado dictador, por su orden, C. Servilio Ahala, maestro de la caballería, mató, habiéndolo sorprendido, a Sp. Melio, que aspiraba a la realeza. Y Curio y todos los demás ancianos eran mandados desde su casa de campo al senado, de donde los que iban a buscarles recibieron el nombre de viajeros. ¿Fué, pues, miserable la vejez de éstos, que se deleitaban en el cultivo de la tierra? A mi entender, no sé, en verdad, si puede alguna ser más dichosa, y no solamente por el deber que cumple, ya que el cultivo del campo es beneficioso para todo el género humano, sino también por el placer que he dicho, y por la afluencia y abundancia de todas las cosas que se refieren al sustento de los hombres, así como al culto de los dio-

ses; para que volvamos a estar en gracia con el placer, que algunos desean estas cosas. Porque un dueño bueno y cuidadoso tiene siempre la bodega bien surtida de vino, de aceite y de toda clase de comestibles, y toda la casa de campo bien provista está abundante el puerto, el cabrito, el cordero, la gallina, la leche, el queso, la miel. Los mismos agricultores llaman ya al huerto un segundo tocino. La caza de pluma y de pelo, faena propia de los ratos de ocio, hace esta vida más amena.

¿Qué diré del verdor de los prados, o de las filas de árboles, o de la hermosura de las viñas y de los olivares? Lo diré en breve. Nada puede haber más rico por su aprovechamiento ni más encantador por su belleza que un campo bien cultivado, para gozar del cual no sólo no pone obstáculos la vejez, sino que hasta convida y atrae. Porque, ¿dónde puede esta edad calentarse mejor, ya tomando el sol, ya el fuego, o por el contrario, refrigerarse más saludablemente con la sombra o el agua?

Los ancianos pueden, pues, disfrutar de esta fortuna, pues no impide la edad que conservemos la afición a todas las cosas, principalmente al cultivo de la tierra, hasta el último tiempo de la vejez. Así, sabemos que M. Valerio Corvo llegó a los cien años, habiéndose retirado al campo ya en edad avanzada, y cultivándolo entre su primero y su sexto consulado transcurrieron cuarenta y seis años. De este modo, la carrera de los honores fue para él tan larga cuanto nuestros mayores señalaron como espacio de tiempo para llegar al comienzo de la vejez. Sus últimos años fueron más felices que su edad madura, porque tenía más autoridad y menos trabajo. Y la autoridad es la corona de la vejez.

Pero recordad que en todo este discurso la vejez que yo alabo es la que está establecida sobre los fundamentos de la juventud. A eso se debe que yo haya dicho en otra ocasión, con gran asentimiento de todos: "Miserable vejez es aquella que ha de defenderse con palabras". Ni las canas ni las arrugas pueden dar de pronto autoridad, sino que una vida anterior honrosamente empleada ofrece la autoridad como los últimos frutos.

Honrosas son también esas mismas cosas que parecen frívolas y corrientes, tales como el ser saludados, abordados, que nos cedan el paso o se levanten a nuestra presencia, ser acompañados al salir o al volver a casa, consultados, usos que se observan lo mismo entre nosotros que en los demás pueblos con tanto más cuidado cuanto más cultas son las costumbres. Dicen que el lacedemonio Lisandro, solía decir que Esparta era el más honroso asilo de la vejez. En efecto, en parte alguna se tienen más miramientos a la vejez, ni es más reverenciada. Recuérdase a este propósito que, una vez en Atenas, durante los juegos, un hombre de edad avanzada se presentó en el teatro, sin que sus conciudadanos le hiciesen sitio en ninguna parte, siendo tan numeroso el concurso, y habiéndose acercado a los lacedemonios, que estaban sentados en un lugar distinguido, porque eran embajadores, todos se levantaron y recibieron al anciano para que se sentase.

Habiendo todos los asistentes prorrumpido en

múltiples aplausos a los lacedemonios, uno de éstos dijo que los atenienses sabían lo que era justo, pero no querían practicarlo. En nuestro colegio de los augures hay muchas cosas admirables; pero, sobre todo, ésta, que hace relación a nuestro asunto que conforme cada uno aventaja a los otros en edad, así emite primero su opinión, de modo que los augures más ancianos, no sólo son preferidos a los que les superan en dignidad, sino también a aquellos que están ejerciendo el poder. ¿Qué placeres del cuerpo pueden, pues, ser comparados con los privilegios de la autoridad? Los que han disfrutado de ellos con brillantez, han llevado a buen término, a lo que pienso, el drama de la vida, y no han caído en el último acto, como actores inexpertos.

CERCANIA DE LA MUERTE

Lo que no comprendo es lo que la avaricia del viejo quiere para sí. —¿Qué puede haber, en efecto, más absurdo que buscar tantas más provisiones de viaje cuanto menos camino queda?

Queda la cuarta causa, la que más parece disgustar nuestra edad y tenerla inquieta, la proximidad de la muerte, la cual, ciertamente, no puede estar muy lejana de la vejez. ¡Desgraciado el viejo que, en una vida tan larga, no haya visto que hay que despreciar la muerte! Pues debe ser descuidada por completo si extingue el alma totalmente, o anhelada si la conduce a algún lugar en que haya de ser eterna. Y, ciertamente, no puede hallarse una tercera solución.

¿Qué temeré, pues, si he de ser después de la muerte o no desgraciado o feliz? Y, además, ¿quién es tan necio, por joven que sea, que tenga por cierto haber de vivir hasta la tarde? Incluso esa edad tiene muchas más probabilidades de muerte que la nuestra. Los jóvenes caen con más facilidad e n las enfermedades, enferman gravemente y se curan difícilmente. Así, pocos llegan a la vejez, si no ocurriese así, se viviría mejor y con más prudencia. Porque el buen sentido, la razón y el consejo están en los ancianos, si ellos no hubieran existido, jamás habría habido ciudad alguna. Pero vuelvo a la muerte que amenaza. ¿Qué vale esa acusación contra la vejez, siendo así, que, como veis, ello le es común con la juventud?

Yo he experimentado, la muerte es común a todas las edades. —Pero el joven, diréis, espera haber de vivir largo tiempo, lo cual el viejo no puede esperar. — Espera insensatamente. ¿Qué más necio, en efecto, que tener lo incierto por cierto, lo falso por verdadero? —El viejo no tiene siquiera qué esperar. — Pero por eso está en mejor condición que el joven, porque él ha conseguido ya lo que aquél espera. Aquél quiere vivir largo tiempo, éste, largo tiempo ha vivido.

Sin embargo ¡oh dioses buenos!, ¿qué es largo tiempo en la vida del hombre? Toma, en efecto, el tiempo más largo; consideremos la edad del rey de los tartesios, efectivamente, hubo en Gades un tal Argantonio, según hallo escrito, que reinó ochenta años y vivió ciento veinte. No me parece de larga duración una cosa en la cual hay algún final. Cuando éste llega, lo que transcurrió ha desaparecido; sólo

queda lo que habéis conseguido con la virtud y las buenas acciones. Así pasan las horas, los días, los meses y los años, y el tiempo pasado no vuelve jamás, y no puede saberse lo que vendrá después. Cada uno debe estar contento con el tiempo que se le ha dado para vivir

Para que un actor agrade, no es necesario que represente toda una pieza, bastando con que se le apruebe en algún acto en que aparezca; de igual modo, no es preciso que el sabio permanezca en escena hasta que caiga el telón. Porque el breve tiempo de la vida es bastante largo para vivir bien y honestamente. Pero si habéis avanzado más lejos, no hay que apesadumbrarse más que se apesadumbran los agricultores cuando, habiendo pasado la suavidad del tiempo primaveral, han llegado el estío y el otoño. La primavera, en efecto, viene a ser como la juventud, y enseña los frutos futuros, las otras estaciones están destinadas a cosecharlos y recogerlos.

Pues el fruto de la vejez es, como frecuentemente he dicho, el recuerdo y disfrute de los bienes adquiridos antes, y todo lo que ocurre con arreglo a la naturaleza, ha de ser tenido como bienes. Y, ¿qué hay tan conforme a la naturaleza como morir para los viejos? Lo mismo acontece a los jóvenes, pero siendo contraria y opuesta la naturaleza. Así los jóvenes me parece que mueren tal como cuando la fuerza de la llama es oprimida por una gran cantidad de agua, y los viejos como un fuego consumido se extingue espontáneamente sin que ninguna fuerza intervenga. Y lo mismo que los frutos se desprenden con trabajo de los árboles cuando están crudos, cayendo ellos mismos maduros y sazonados, así la violencia arranca la vida a los jóvenes, la madurez se la quita a los ancianos. Madurez que verdaderamente me es tan agradable, que me parece, cuanto más me acerco a la muerte, como si viese la tierra y haber de llegar por fin al puerto tras una larga navegación.

El término de todas las edades está marcado; pero no hay ningún término marcado para la vejez. Se vive en ella mientras se puedan llenar exactamente los deberes, y, sin embargo, despreciar la muerte. De donde procede que la vejez es incluso más animosa y más furte que la juventud. Esto es lo que respondió Solón al tirano Pisístrato, cuando dicen que aquél contestó a éste, que preguntaba en qué esperanza se fundaba para resistírsele con tanta audacia "En la vejez". El mejor fin de la vida es cuando la naturaleza, la que ha formado, deshace ella misma su obra, conservando la plenitud de la inteligencia y de los demás sentidos. Así como el mismo que ha construido un navío o un edificio lo destruye con más facilidad, de igual modo la misma naturaleza que ha conglutinado al hombre lo deshace sin trabajo. Pero toda conglutinación reciente se separa con dificultad, mientras que la vieja, fácilmente. De esto resulta que ese breve resto de vida no debe ser ávidamente deseado por los viejos, ni abandonado sin motivo.

Pitágoras prohíbe desertar de la guarnición y del puerto de la vida sin la orden del puerto de la vida sin la orden del general, es decir, de Dios. Y hay un epitafio del sabio Solón, en el que dice que no quiere que su muerte esté privada del dolor y de los lamen-

tos de los amigos. Indudablemente quería ser caro a los suyos. Pero no sé si Enio no anduvo más acertado diciendo: "Nadie me honre con lágrimas ni me haga funerales con llanto".

No cree que deba ser deplorada una muerte a la que ha de seguir la inmortalidad. Verdaderamente, puede haber algún sentimiento de morir, pero esto por breve tiempo, sobre todo en el viejo, después de la muerte, el sentimiento es apetecible o nulo. Pero lo que se debe meditar por la juventud es que hay que despreciar la muerte, sin cuya reflexión nadie puede tener tranquilo el ánimo. Porque, ciertamente, hay que morir, y es incierto si en el mismo día. Por lo tanto, quien teme a la muerte, que todas horas amenaza, ¿podrá tener el espíritu en sosiego?

Verdaderamente, me parece que la saciedad de todos los deseos produce la saciedad de la vida. Hay deseos propios de la infancia. ¿apetecen acaso los jóvenes esas cosas? Los hay de juventud. ¿los busca ya la edad viril, que se llama media? Los hay también de esta edad. Ellos no son tampoco solicitados por la vejez. Hay ciertas últimas aficiones propias de la ancianidad, las cuales desaparecen lo mismo que las de las edades anteriores. Cuando esto llega, la saciedad de la vida trae el tiempo en sazón para la muerte.

No veo, en verdad, por qué no me he de atrever a decirlo que pienso acerca de la muerte, lo cual me parece discernir tanto mejor cuanto a menos distancia estoy de ella. Creo que varones clarísimos y muy amigos míos, viven, y la sola vida en verdad que merece tal nombre. Porque mientras permanecemos encerrados en estas ligaduras del cuerpo, no hacemos sino cumplir un deber penoso y una especie de carga que impone la necesidad. En efecto, el alma, de origen celestial, ha sido precipitada de su altísimo asiento y como sumida en la tierra, lugar contrario a su naturaleza divina y eterna. Pero creo que los dioses inmortales han dispersado las almas en los cuerpos humanos para que hubieran quienes protegiesen la tierra, y, contemplando el orden de las cosas celestes, lo imitasen por la regularidad y firmeza de la vida. Y no sólo el raciocinio y la discusión me han impelido a creer esto, sino también el renombre y autoridad de eminentes filósofos.

Yo sabía que Pitágoras y los pitagóricos, nuestros casi compatriotas, que en otro tiempo fueron llamados filósofos itálicos, jamás dudaron que tuviésemos almas emanadas de la inteligencia divina, universal. Además, recordaba las opiniones que Sócrates, el que fue diputado por el oráculo de Apolo como el más sabio de todos, había expuesto, el último día de su vida, acerca de la inmortalidad del alma. ¿A qué más? Así me he persuadido, así creo que, puesto que la actividad del alma es tan intensa, tan grande la memoria de las cosas pretéritas y la previsión de las futuras, y hay tantas artes que suponen una ciencia considerable, tantas invenciones, la naturaleza que contiene esas cosas no puede ser mortal, y como el alma está agitándose siempre, y no tiene un principio de movimiento, porque se mueve ella misma, no debe tener tampoco fin de movimiento, porque nunca se ha de abandonar ella misma, y como el alma es simple

por naturaleza y no hay en ella mezcla alguna dispar y desemejante así, no puede ser dividida, y, si no puede serlo, no puede perecer, y es una gran prueba de que los hombres saben la mayor parte de las cosas antes de nacer que, todavía niños, cuando aprenden artes difíciles, se asimilan, cosas innumerables con tal prontitud, que parece no las perciben entonces por primera vez, sino que las reconocen y recuerdan. Estas son casi las doctrinas de Platón.

Ciro el mayor, en Jenofonte, dice estas palabras próximo a morir "No vayáis a creer, oh hijos queridísimos míos, que no he de estar en parte alguna o que no he de ser cuando me haya separado de vosotros. Porque no veáis un alma mientras yo estaba con vosotros, sino que comprendíais que ella estaba en este cuerpo por las cosas que yo hacía. Creed, pues, que ella existe, aunque no la veréis.

"Ciertamente, los honores tributados a los grandes hombres no durarían después de la muerte, si las almas de los mismos nada hiciesen por donde conservásemos más tiempo su memoria. Nunca, en verdad, se me ha podido persuadir que las almas viven mientras están en los cuerpos mortales y mueren cuando han salido de ellos, ni, ciertamente, que el alma queda sin inteligencia cuando ha salido de un cuerpo no inteligente, sino que cuando, libertada de toda mezcla del cuerpo, ha empezado a ser pura e íntegra, entonces es perfectamente inteligente. Y, también, cuando la naturaleza del hombre se disuelve con la muerte, se ve claro en qué cada una de las demás partes viene a parar, efectivamente, todas vuelven allí de donde salieron, sólo el alma, ni cuando está presente ni cuando se retira, aparece.

"Bien veis ahora que nada hay tan semejante a la muerte como el sueño. Así, las almas de los que duermen manifiestan su divinidad en mayor grado, pues prevén muchas cosas futuras, estando emancipadas y libres. Por ello se comprende qué habrán de ser cuando se hayan desprendido por completo de las ligaduras del cuerpo. Por eso, si ello es así, rendídmelo culto como a un dios. Pero si el alma ha de perecer juntamente con el cuerpo, vosotros, sin embargo, que reverenciáis a los dioses, que protegen y rigen toda esta maravilla, conservad nuestra memoria piadosa e inviolablemente." Así habló Ciro al morir. Nosotros volvamos a lo nuestro, si os place.

Nadie me persuadirá nunca, que muchos hombres ilustres, que no es necesario enumerar, habrían intentado tan grandes cosas que pertenecerían a la memoria de la posteridad, sino hubiesen tenido la convicción de que la posteridad les pertenecería. ¿Pensáis acaso (para gloriarme de algo relativo a mí mismo, según costumbre de los viejos) que había de haber yo emprendido trabajos tan considerables, de día y de noche, en la paz y en la guerra, si había de confinarse mi gloria en los mismos límites que mi vida? ¿No hubiera sido mucho mejor llevar una vida ociosa y tranquila, sin trabajo ni rivalidad alguna? Pero, no sé cómo, mi alma, elevándose, miraba siempre por anticipado la posteridad; así como si cuando hubiera salido de la vida fuese cuando había de vivir definitivamente. Si verdaderamente no fuese así, que las

almas fueran inmortales, no aspirarían todos los hombres más virtuosos a la inmortalidad de la gloria.

¿Por qué todos los sabios mueren con ánimo sereno, al paso que los más insensatos con espíritu agotado? ¿No os parece que esa alma, que mira más y más lejos, ve que parte para una vida mejor, mientras que aquella cuya mirada es más obtusa no lo ve? Yo, verdaderamente, me siento transportado por el deseo de ver a vuestros padres a quienes traté y estimé, mas no deseo solamente reunirme con aquellos a quienes yo mismo conocí, sino también con los otros de quienes he oído hablar, he leído o he escrito yo mismo. Por cierto que no me hará volver fácilmente alguien cuando en verdad parta para allá, ni me reconocerá, para rejuvenecerme como a Pelias. Pues si algún dios me concediese volverme niño desde esta edad y gritar en la cuna, lo rehusaría enérgicamente, y no querría, ciertamente, estando casi recorrido la carrera, tornar desde la meta al punto de partida.

¿Qué placeres tiene, en efecto, la vida? O, más bien, ¿qué trabajos no tiene? Pero admitamos que los tenga aun siendo así, conducen a la saciedad o tienen un término. Y no es que me agrade deplorar la vida, como han hecho con frecuencia muchos, y hombres doctos, ni me pesa de haber vivido, pues he vivido de tal modo que creo no nací inútilmente, pero salgo de la vida así como de una hospedería, no como de mi casa. Efectivamente, la naturaleza nos ha dado una hospedería para permanecer algún tiempo, no un lugar para habitar siempre.

¡Ah, día preclaro, cuando yo parta para esa divina asamblea y reunión de almas, y cuando salga de esta turba y fango! Yo partiré, en efecto, no solamente en busca de esos hombres de quienes antes he hablado, sino también de mi Catón, mejor que el cual no ha nacido ningún hombre, ninguno más excelente en piedad filial, cuyo cuerpo fue quemado por mí (contra lo que hubiese estado bien, el mío por él), pero el alma, no abandonándome, sino mirando hacia atrás, se fue indudablemente para aquellos lugares en que veía que había de venir hacia mí mismo. Ha parecido que yo soportaba valerosamente esta desgracia mía, no porque la soportase con ánimo igual, pero me consolaba yo mismo pensando que nuestra separación y alejamiento no habían de ser de larga duración.

Estas son las causas, de que la vejez sea para mí ligera, y no solamente no molesta, sino también agradable. Si me equivoco al creer que el alma del hombre es inmortal, me equivoco a gusto, y no quiero que este error, que me deleita, se me desvanezca mientras viva. Si una vez muerto no he de sentir nada (como opinan algunos pequeños filósofos), no temo que los filósofos muertos se burlen de este error mío. Aun cuando no hayamos de ser inmortales, siempre será apetecible para el hombre acabar a tiempo. Porque la naturaleza tiene señalada una medida al vivir, como a todas las demás cosas. Y la vejez es el término de la vida, como el último acto de una pieza dramática, del cual debemos evitar la fatiga sobre todo cuando se le agrega la saciedad. He aquí lo que tenía que decir acerca de la vejez. ¡Quieran los dioses que lleguéis a ella, para que podáis comprobar por experiencia lo que habéis oído de mí.